

Oyóse de todos los puntos de la sala un espantoso y confuso rumor en que sólo se distinguía el ruido de voces que pedían sangre y venganza. El documento que acababa de leerse había exaltado hasta el delirio el deseo de venganza que dominaba en aquella época, y no había nadie en Francia cuya cabeza no hubiese caído bajo el peso de semejante acusación.

Era inútil, ante un tribunal como aquel, preguntar por qué no habían unido los Defarge aquel documento á todos los que habían sido hallados en la Bastilla, y por qué lo habían guardado para publicarlo cuando tuviesen por conveniente. Era inútil demostrar que el nombre de aquella familia se hallaba apuntado hacia ya largo tiempo en los archivos de la calcetera, y designado á la venganza del barrio de San Antonio. No podía haber virtud ni méritos suficientes para atenuar siquiera las terribles consecuencias de semejante denuncia.

La circunstancia más funesta para el acusado era que el denunciador era un conocido ciudadano, amigo suyo y padre de su mujer. El populacho, en sus locas aspiraciones, trataba de imitar las virtudes un tanto dudosas de los republicanos de la antigüedad, y quería que todo el mundo sacrificase en aras de la patria las personas más queridas. Por eso el presidente dijo (pues de otro modo hubiera corrido grave riesgo su cabeza,) que el doctor Manette merecía los plácemes de la nación por haber contribuido á extirpar del territorio de la República una familia de aristócratas, y que sin duda experimentaría una inmensa satisfacción al dejar viuda á su hija y huérfana á su nieta, con la muerte de un odioso enemigo del pueblo; por eso sus palaoras no hicieron más que armentar el ímpetu salvaje del entusiasmo patriótico, y no despertaron en lo más mínimo ningún sentimiento humanitario.

—Ese doctor tiene una gran influencia, murmuró ma-

dame Defarge dirigiendo una sonrisa á su vecina; ¡salvadle, doctor, salvadle!

El primer individuo del jurado emitió su voto; un ruido de alegría acogió su afirmativa respuesta. Continuaron votando los demás jurados y continuaron sin interrupción los mismos ruidos.

Declarado culpable por unanimidad, aristócrata de corazón y de nacimiento, enemigo de la República y opresor del pueblo; condenado á muerte; vuelto á encerrar en la Conserjería; guillotinado en el término de veinticuatro horas.

CAPITULO XI.

Ultima esperanza.

La desgraciada mujer del sentenciado vaciló al escuchar aquel terrible fallo, como si hubiese sido mortalmente herida; pero no exhaló ni una sola queja, y la voz interior que la aconsejaba que sostuviese á su marido en aquella última prueba, ejerció en ella tal imperio, que volvió á levantar inmediatamente la cabeza para consolarle con una expresiva mirada.

Los jueces del tribunal, que tenían que asistir á una manifestación patriótica, dejaron para el día siguiente las causas que aún quedaban por juzgar, y la multitud se dispersó en medio de la mayor algazara.

Lucía, que había continuado enfrente del banco de los acusados, tendió sus brazos al sentenciado y fijó en él sus amorosos ojos.

—¡Ah! si yo pudiese acercarme á él y abrazarle por

última vez!... ¡Tened compasión de nosotros, buenos ciudadanos!

Sólo quedaban ya en la sala el carcelero, John Barsad y los cuatro hombres que el día anterior habían ido á prender á Carlos Darnay.

—Accedamos á su deseo, dijo el espía; eso será cuestión de un pequeño momento.

Los otros individuos hicieron un signo afirmativo, ayudaron á la jóven á subir los escalones de la plataforma, y la condujeron á un sitio en que el sentenciado pudiera estrecharla entre sus brazos.

—¡Adios, querida mia, adios! ¡Mi último pensamiento será para ti; yo te bendeciré al exhalar mi postrer aliento! ¡No te aflijas, ya volveremos á hallarnos allí donde los desdichados encuentran consuelo!

—Yo tengo valor para soportarlo todo, Carlos; Dios me sostiene y me da las fuerzas necesarias; no tengas cuidado por mí, no te inquietes. Bendice á nuestra hija.

—Bendícela tú en nombre mio; abrázala de parte de su padre; llévale mi último adios.

—¡Ah Carlos!... ¡No, nos separemos aún!

El procuraba desprenderse de sus brazos.

—No viviremos mucho tiempo separados; mi corazón sucumbirá y yo iré á unirme contigo dentro de poco; pero cumpliré todos mis deberes hasta el último momento; y cuando me vea en la necesidad de separarme de nuestra hija, Dios le proporcionará nuevos amigos, como hizo con nosotros.

El doctor Manette, que la había seguido, iba á arrojarse delante de ellos, pero Darnay extendió su mano:

—No, no, exclamó: ¿habeis hecho algo de que debais arrepentiros?... Ya sabemos la lucha que habeis sostenido; ya comprendemos lo que habeis debido sufrir al saber quién era mi familia; ya podemos explicarnos la instintiva antipatía que mostrábais al principio, y que ha-

beis sabido vencer por respetar nuestra mútua inclinación. Nosotros os lo agradecemos con toda nuestra alma y os queremos tan profundamente como siempre. ¡Dios os proteja y prolongue vuestros días!

El antiguo detenido mesó desesperadamente su blanca cabellera y lanzó un grito de dolor.

Todo esto debía suceder; nada hay aquí que deba extrañarnos, repuso Darnay. Todo ha contribuido á este tristísimo resultado; la inutilidad de mis esfuerzos para cumplir el último deseo de mi madre es lo que me ha conducido á vuestro lado. De semejantes maldades no podía engendrarse el bien; semejantes premisas no podían dar sino enojosos resultados. Consoláos y perdonadme todo cuanto hebeis sufrido.

Sacáronle de la sala; su mujer, con las manos cruzadas, le vió partir y le dirigió una mirada consoladora. Cuando desapareció de su vista, posó la frente sobre el pecho de su padre, quiso hablar, y cayó desmayada al suelo.

Sydney Cartone salió precipitadamente del oscuro rincón que hasta entonces había ocupado y acudió á levantarla. Al sostener aquella hermosa cabeza, descompuesta por el dolor, estremeciósse todo su sér y temblaron sus manos; pero su rostro, que reveló la más profunda compasión, reflejó también una viva alegría y un noble orgullo.

Cogióla entre sus brazos y la colocó suavemente sobre los almohadones del carruaje. El doctor y Mr. Lorry se sentaron al lado de ella; él subió al pescante y se instaló cerca del cochero.

Al llegar á la puerta que había visitado la noche anterior para seguir las huellas de sus adorados pasos, la sacó del carruaje y la llevó á su habitación, en donde su hija y miss Pross, llorando desconsoladamente, la colmaron de caricias.

—Dejadla, dijo, no hagais nada para que vuelva en sí, y de ese modo sufrirá ménos; no la obligueis á que comprenda toda la extension de su dolor.

—Querido Cartone, exclamó la chiquitina arrojándose en sus brazos, tú has venido de Lóndres para consolar á mamá, ¿no es verdad? di, ¿has venido para salvar á papá? Mirala, amigo mio; tú que la quieres tanto procurarás que no sea desgraciada.

Cogió en brazos á la niña, unió á la sonrosada mejilla de aquel pobre ángel la ajada tez de su rostro, apartó de su lado á aquella querida criatura y contempló á la madre, que continuaba desmayada.

Antes de abandonar la estancia se detuvo:

—Yo puedo besarla, dijo:

Inclinóse para estampar un beso en su frente, y profirió estas palabras:

—¡Por una vida que tanto quereis!

Al salir de la habitacion se halló de pronto con monsieur Lorry, y dirigiéndose al doctor, que iba en pos del gentleman, le dijo:

—Ayer lo pudo todo vuestra influencia; haced otra nueva tentativa, porque los jueces os estiman muy mucho, y los hombres que se hayan en el poder están sumamente agradecidos á vuestros servicios.

—Las circunstancias han variado mucho; yo sabia ya con anticipacion lo que iba á suceder; tenia la seguridad de poder salvarle, respondió Mr. Manette con lentitud y de un modo que revelaba su turbacion.

—Haced un nuevo esfuerzo; queda poco tiempo de aquí á mañana, pero por eso mismo debemos emplearlo lo mejor que nos sea posible.

—Esa es la intencion que yo abrigo, y no cejaré en mi empeño hasta emplear el último recurso.

—Perfectamente; la energía puede realizar grandes cosas; aunque muchas veces... añadió exhalando un sus-

piro; pero no importa, es necesario hacer una nueva tentativa. Aun cuando vale poco la vida cuando se ha hecho de ella un uso deplorable, es preciso defenderla, sin embargo, porque cuesta mucho el dejarla.

—Me marchó, dijo Mr. Manette; voy á ver al presidente, á los jueces y al acusador público; luego veré á otras personas, y escribiré... pero el caso es que hoy es fiesta nacional; todo el mundo está fuera de su casa y no podré ver á nadie hasta que llegue la noche.

—No os apureis; se trata de un caso tan desesperado que ese contratiempo no nos quita muchas probabilidades de éxito. Sin embargo, yo volveré por aquí para saber el resultado de vuestras gestiones; ¿á qué hora creéis poder terminar todas vuestras visitas?

—Una hora ó dos despues de que oscurezca.

—Puede decirse que á las cuatro ya es de noche; de modo que yendo á casa de Mr. Lorry entre ocho y nueve, podré saber lo que habeis hecho, ya por vos mismo ó por boca del gentleman.

—Creo que sí.

—¡Ojalá consigais lo que se desea!

Mr. Lorry acompañó á Signey hasta la meseta de la escalera.

—Yo no abrigo ninguna esperanza, le dijo poniéndole la mano sobre el hombro.

—Ni yo tampoco.

—Suponiendo que los magistrados y los caudillos de la revolucion le sean favorables, lo cual es bastante suponer, —porqué ¿qué es para ellos la vida de un hombre?— no creo que se atrevan á salvarle, despues de los aplausos con que la multitud ha saludado la sentencia.

—Somos exactamente del mismo parecer: al escuchar aquellos aplausos creí oír el golpe de la cuchilla.

Mr. Lorry se apoyó en el quicio de la puerta.

—No os dejeis abatir, dijo Cartone con suma dulzura;

he aconsejado á Mr. Manette que haga algunas gestiones porque su hija hallará de ese modo algun consuelo; de no obrar así podría decir que no se había hecho ningun esfuerzo para salvarle, y esta idea podría turbar su reposo.

—Es verdad, respondió el anciano enjugándose las lágrimas; pero él morirá, ya no tengo ninguna esperanza.

—Ninguna, dijo Cartone maquinalmente mientras bajaba con paso firme la escalera.

CAPITULO XII.

Tinieblas.

Cartone llegó á la calle y se detuvo un momento sin saber á dónde dirigirse.

—Debo estar á las nueve en el Banco, dijo con aire pensativo; entre tanto, ¿no será conveniente dejarme ver en algun sitio? Creo que sí; bueno será que esas gentes me conozcan; esta es una precaucion que puede llegar á ser necesaria; sin embargo, la cosa merece reflexionarse.

En vez de continuar el camino que habia tomado, dió dos ó tres vueltas por una calle que empezaba á hallarse á oscuras, y despues de examinar su idea bajo todos aspectos, adoptó su primera resolucion y se dirigió hácia el barrio de San Antonio.

Defarge habia declarado ante el tribunal que era tabernero en aquel barrio; por lo tanto, no debia ser difícil hallar su tienda. Sydney Cartone, despues de orientarse, cruzó el rio, entró en un figon y se durmió despues de haber comido. Contra su inveterada costumbre, se abstuvo en aquella ocasion de toda bebida alcohólica; la noche anterior habia vertido su vaso de aguardiente en la

chimenea del gentleman, como un hombre que rompe para siempre con un vicio ya antiguo.

Serian próximamente las siete cuando salió del bodegon. Al acercarse al barrio de San Antonio, se detuvo á la puerta de una tienda en que habia un espejo, se arregló el lazo de la corbata, bajó el cuello de la levita y se atusó sus cabellos, que se hallaban en completo desorden. Terminadas todas estas operaciones, se dirigió á la taberna de los esposos Defarge.

Dió la casualidad que la única persona extraña que se hallaba en la sala era Jacobo tercero, el hombre de aspecto de tigre que aquella misma mañana formaba parte del jurado; estaba bebiendo al lado del mostrador y charlando con el tabernero, la mujer de éste y la Venganza, que parecia ser ya de la casa.

Cartone, despues de colocarse de modo que todas aquellas personas pudiesen verle, pidió un vaso de vino, y lo hizo en un francés chapurrado.

La tabernera le miró al principio con indiferencia, luego se fijó en él con mayor atencion, y por último se dirigió á su mesa para preguntarle qué era lo que deseaba.

—¿Sois inglés? dijo Mme. Defarge con aire sorprendido.

Cartone la miró como si no hubiese entendido bien la pregunta y respondió con una acentuacion muy pronunciada:

—Sí, señora, sí, yo inglés.

Luego se apoderó de un periódico jacobino, y aparentando consagrarse exclusivamente á su lectura, y como si ésta le ofreciese una extraordinaria dificultad, oyó á Mme. Defarge que decia en el mostrador á sus amigos:

—Cualquiera creeria que es Evremont.

El tabernero le sirvió el vino que acababa de pedir, y le dió las buenas noches.

—¿Qué?

—Que tengais muy buenas noches.

—¡Ah, buenas noches; muy bueno el vino; beber á la salud de la República!

—Efectivamente, dijo el marido de Mme. Defarge volviendo á formar parte de aquel pequeño grupo, se parece algo á Evremont.

—¡Se le parece extraordinariamente! repuso la mujer con tono severo.

—Le tienes tan metido en la cabeza, que le ves por todas partes, ciudadana, exclamó Jacobo tercero procurando conciliar ambos pareceres.

—Esa es la pura verdad, añadió la Venganza, y tambien lo es que gozará mañana al verle por última vez.

Cartone, con la vista fija en su periódico, recorría atentamente las líneas con el dedo índice, y como un hombre absorbido por el estudio. Los cuatro amigos, con los brazos apoyados sobre el mostrador y la cabeza inclinada hácia adelante, continuaban hablando en voz baja. Despues de un momento de silencio durante el cual no dejaron de contemplar al inglés, sin lograr distraerle de su lectura, reanudaron su interrumpida conversacion.

—Esta ciudadana tiene razon, dijo Jacobo tercero; ¿por qué detenerse? Eso es una cosa que no admite réplica.

—Muy bien, repuso Defarge; pero será preciso detenerse alguna vez; todo está reducido á saber cuándo.

—Despues de un exterminio completo, respondió su mujer.

—¡Muy bien! gritó el jurado con cavernosa voz.

—¡Bravo! dijo la Venganza.

—Mujer, el exterminio es bueno en principio, repuso el tabernero un tanto conmovido, y yo lo apruebo en general; ¡pero ha sufrido ya tanto ese pobre doctor! ¿no habeis visto su rostro mientras se leía aquel documento?

—Sí, respondió la ciudadana con ira y con desprecio; sí, he visto su cara, y os aseguro que no es la cara

de un patriota; que no se fie mucho de su rostro descolorido.

—¿No has visto el dolor de su hija? replicó Defarge con voz suplicante; eso debia ser para él un espantoso tormento.

—Sí, he visto á su hija, repuso la ciudadana, y la he visto más de una vez; la he visto con mucha frecuencia en la esquina de la callejuela que hay detrás de la cárcel; si llego yo siquiera á levantar un dedo...

Cartone oyó caer secamente sobre el mostrador la mano de Mme. Defarge, y creyó escuchar el ruido de la cuchilla de la guillotina.

—¡Muy bien! vociferó el jurado.

—Es un ángel, dijo abrazándola otra mujer.

—Por lo demás, ya sé yo, repuso la tabernera contemplando á su marido, que si de tí dependiera, cosa que afortunadamente no sucede, serias muy capaz de salvar tambien al yerno.

—¡No! protestó el tabernero; pero no iria ya más lejos; me detendria ahí.

—Vamos, Jacobo, repuso Mme. Defarge con reconcentrado furor; vamos, querida Venganza, tened la bondad de escucharme: hace ya mucho tiempo que tengo apuntado el nombre de esa maldita raza para que sea completamente destruida, y no solamente por sus crímenes de tiranía general; preguntádselo si no á mi marido.

Defarge hizo un signo afirmativo.

—Al comenzar los grandes dias, cuando cayó la Bastilla, halló en ella ese documento, lo trajo á casa, y cuando se marchó todo el mundo lo leimos los dos, aquí, en este mismo mostrador y á la luz de ese mismo quinqué. ¿No es verdad?

—Sí, respondió Defarge.

—Al terminar su lectura acababa de apagarse el quinqué, la luz del sol penetraba aquí á través de los hierros

de las ventanas, y entonces dije á mi marido que tenia que confiarle un secreto; que diga él si no es verdad.

El tabernero hizo un nuevo signo afirmativo.

—Yo coloqué mis dos manos sobre el pecho, como lo hago ahora, y le dije: «Defarge, unos pescadores que trabajaban á orillas del mar fueron los que se encargaron de mí; los desgraciados cuya historia refiere ese papel, los infelices tan horriblemente perseguidos por esos dos Evremont, pertenecen á mi familia. La jóven que mataron era mi propia hermana; el marido que asesinaron y el hijo que ahogaron en el seno de su madre, eran el marido y el hijo de mi hermana; el hombre cuyo corazon desgarraron despiadadamente era mi padre; todos esos muertos pertenecian á mi familia, y yo tengo la obligacion de vengarlos; ¿no es verdad, Defarge?»

—Es la pura verdad, murmuró éste.

—Pues entonces, manda al viento y á la llama que se detengan, pero no me lo mandes á mí, replicó su mujer, pálida de cólera.

Jacobo tercero y la Venganza experimentaban una horrible satisfaccion al conocer el funesto origen de su odio, y la felicitaron calurosamente. Defarge, que se vió en completa minoria, invocó la memoria de la marquesa y recordó sus generosos propósitos; pero sólo consiguió que su mujer repitiese:

—Manda al viento y á la llama que se detengan, pero no me lo mandes á mí.

Entraron algunas personas y se disolvió el grupo; Cartone pagó lo que habia tomado, contó, fingiendo una gran dificultad, el dinero que le devolvian, y rogó á madame Defarge que le indicase el camino para ir al Palacio Nacional. La tabernera le acompañó hasta la puerta, apoyó la mano izquierda en su brazo, y le indicó con la mano derecha la direccion que debia tomar. Cartone pensó interiormente que sería una buena accion apoderarse del

brazo que se apoyaba sobre el suyo, levantarlo y clavar un agudo puñal en aquel miserable pecho; pero se alejó y desapareció en la oscuridad. A la hora convenida, se presentó en casa de Mr. Lorry, el cual se paseaba agitadamente dentro de su habitacion. El gentleman acababa de llegar de casa de Lucia, y sólo se habia separado de su lado para acudir á la cita que Cartone le habia dado. De Mr. Manette no se tenia ninguna noticia desde las cuatro de la tarde, hora en que habia salido del Banco. Su hija consideraba esto como un buen augurio, y suponía que sus primeros esfuerzos le habrian animado á hacer nuevas gestiones; pero los demás se hallaban inquietos con su tardanza.

Dieron las diez, y como no volvia, el gentleman, no queriendo que Lucia continuase más tiempo sola, salió para ir á visitarla, diciendo que volveria á las doce de la noche, y rogando á Cartone que recibiese en su ausencia al doctor.

Dieron las once y las doce sin que regresase el doctor; el gentleman volvió sin saber nada de él y nadie pudo darle noticias suyas. ¿En dónde se hallaria?

Cartone y Mr. Lorry comenzaban á discutir este punto y ya concebian alguna esperanza de su larga ausencia, cuando creyeron oír ruido de pasos en la escalera. Era él efectivamente, pero no bien entró, comprendieron uno y otro que todo se habia perdido.

No pudo saberse nunca si habia ido á ver á alguien ó si habia vagado sin objeto alguno desde su salida del Banco; Mr. Lorry y Cartone no le dirigieron ninguna pregunta, porque su rostro les revelaba todo cuanto debian saber.

—No he podido encontrarlo, dijo mirando en torno suyo la habitacion; y sin embargo, yo lo necesito; ¿en dónde lo han puesto?

Habia perdido el sombrero y la corbata, y en tanto

que sus ojos vagaban á uno y otro lado, se quitó la levita y la dejó caer al suelo.

—¿En dónde está mi banco? lo he buscado por todas partes. ¿Qué han hecho de mis herramientas y de la obra que yo tenía comenzada? Tengo mucha prisa; es preciso que concluya en seguida esos zapatos.

Los dos amigos se miraron y sintieron desfallecer su corazón.

—Yo os lo suplico, dijo con lastimero acento, devolvedme mi obra; es indispensable que me ponga á trabajar.

Viendo que no le contestaban, se tiró de los cabellos y comenzó á golpear el suelo con el pié, como un niño que no vé satisfechos sus caprichos.

—No atormentéis á este pobre desdichado, exclamó con voz desgarradora; dadme mi obra. ¡Qué será de mí si no concluyo mis zapatos!

¡Perdido, perdido sin remedio!

Mr. Lorry y Cartone le hicieron sentarse enfrente de la chimenea, y le aseguraron que dentro de muy poco le entregarían su obra. El doctor cayó como una masa inerte en su sillón, clavó en las llamas sus desvanecidos ojos, y las lágrimas comenzaron á correr por sus mejillas. Parecía que todo lo ocurrido en los últimos diez y ocho años no había sido sino un sueño, y Mr. Lorry volvió á hallarse enfrente del desdichado á quien Defarge cobijaba en su guardilla.

A pesar del profundo dolor que semejante espectáculo inspiraba á los dos amigos, comprendieron que en aquel momento no podían entregarse á la emoción que experimentaban. El recuerdo de la pobre mujer, que perdía á la vez su última esperanza y su único sostén, les indicó inmediatamente lo que debían hacer.

—Se ha perdido el último recurso; pero era éste tan insignificante, que no hay por qué sentirlo, dijo Cartone. Creo que debéis conducir al doctor al lado de su hija;

pero antes, tened la bondad de escucharme. No me dirijais ninguna pregunta referente á los encargos que voy á haceros y á la promesa que voy á exigirlos: tengo una razón, una razón poderosísima para hablaros así.

—Creo que debe ser así, dijo el gentleman, y prometo desde luego acceder á vuestro deseo.

A todo esto, Mr. Manette se balanceaba sollozando. Sus dos amigos hablaban en voz baja, como si se hubiesen hallado al lado de un enfermo.

Cartone recogió la levita que se hallaba en el suelo enredada en los piés de Mr. Manette; al levantar esta prenda, desprendióse del bolsillo una cartera y cayó sobre el entarimado.

—¿Podemos abrirla? dijo Cartone al gentleman. Este contestó con un signo afirmativo.

Sacó de ella un papel y lo desdobló.

—¡Bendito sea Dios! exclamó.

—¿Qué es eso? preguntó Mr. Lorry.

—Ahora os lo diré, repuso Cartone sacando de su faltriquera un papel semejante al que tenía en la mano. Este es mi pasaporte; guardadlo hasta mañana por la mañana; tengo por ir á ver á Mr. Darnay, y conviene que no lleve conmigo ese documento.

—¿Por qué?

—No lo sé; si os quedais con él estaré mucho más tranquilo. Lo que acabo de encontrar en la cartera del doctor es un pase de libre circulación para él, su hija y su nieta, y con ese documento pueden salir los tres de Paris cuando lo tengan por conveniente y dirigirse á la frontera. Guardadlo cuidadosamente con el vuestro y con el mio; tengo poderosísimas razones para creer que nos será de suma utilidad.

—Sin embargo, supongo que no se hallan amenazados de ningun peligro.

—Desgraciadamente sí; Mme. Defarge está decidida á

denunciarlos de un momento á otro, y lo he sabido por boca de ella misma. Ha dicho delante de mí ciertas cosas que me inspiran serios temores. He ido en seguida á ver á Barsad, y éste opina lo mismo que yo. Parece ser que un serrador de madera, que habita á espaldas de la Force y se halla á las inmediatas órdenes de Mme. Defarge, ha referido á ésta que la habia visto (Cartone no proferia nunca el nombre de Lucía) haciendo señas á los detenidos. Esto hace suponer una acusacion de complot contra la República, acusacion que lleva consigo la pena de muerte, y que podria hacerse extensiva á su padre y á su hija... Pero no tengais miedo, podemos salvarlos.

—¡Dios lo quiera! pero ¿qué es lo que debemos hacer?

—Todo depende de vos, lo cual quiere decir que el éxito es seguro. Mme. Defarge no hará su denuncia hasta pasado mañana, y hasta es probable que no la haga sino á últimos de la semana. Ya sabeis que es un crimen dolerse de los desdichados que perecen en el cadalso; el doctor y su hija cometerán indudablemente ese crimen, y la denunciadora, cuyo inveterado ódio no es posible describir, esperará algunos dias para añadir esa nueva prueba á los anteriores cargos. ¿Os fijais bien en lo que os digo?

—Os escucho con tantísima atencion, que hasta me habia olvidado de él, dijo el gentleman señalando á Mr. Manette.

—Vos teneis dinero y podeis llegar á la costa ganando todo el tiempo posible. Ya teneis hechos todos vuestros preparativos para volver á Inglaterra; por consiguiente, pedid mañana por la mañana los caballos de posta y ponéos en camino á las dos de la tarde.

—Así lo haré.

La fogosidad con que hablaba inspiraba al anciano un ardor impropio de su edad.

—Vos sois un excelente amigo, repuso Cartone: yo sabia que podíamos contar con vuestra cooperacion. Id

ahora mismo y decidla el peligro que la amenaza; haciedla comprender bien que su padre y su hija perecerian al mismo tiempo que ella; insistid muy principalmente en esta idea, porque esa pobre desdichada se consideraria feliz colocando su hermosa cabeza sobre el cadalso al mismo tiempo que su marido.

Su voz se alteró al pronunciar estas palabras, pero luego continuó con acento más tranquilo:

—Por el cariño que profesais á ella, á su hija y á su padre, haciedla comprender la necesidad de ponerse inmediatamente en camino. Decidla que esta es la última voluntad del que la ama. ¿Creis que su padre, dada la situacion en que se encuentra, hará lo que ella disponga?

—Indudablemente.

—Bien. Pues entonces hacied con sigilo todos los preparativos necesarios; disponed que el coche se halle en el pátio á la una, y subid en él para que ella pueda ponerse en marcha tan pronto como yo regrese de la cárcel.

—Así se hará. Yo deberé esperaros, suceda lo que quiera, ¿no es verdad?

—Sí; vos teneis mi pasaporte y todo mi equipaje; guardadme un asiento y no os pongais en camino sin que se halle ocupado; pero en cuanto esto suceda, partid inmediatamente.

—Bien, bien, dijo el gentleman estrechándole la mano; de ese modo no tendrá que correr todo á cargo de un pobre anciano, y podré contar con el auxilio de un amigo jóven y desinteresado.

—Eso es lo que yo deseo; pero prometedme que de ningún modo dejareis de hacer nada de cuanto acabo de decir.

—Yo os lo prometo, Cartone.

—Y yo os suplico que cumplais vuestra promesa: haciedlo sin vacilacion ni demora de ningún género; aban-

donad al que es imposible salvar, y así evitaremos el sacrificio de tantas preciosas vidas.

—Estad tranquilo; lo tendré muy presente y cumpliré con mi deber.

—Y yo con el mío. Ahora despedámonos.

Aunque pronunció estas palabras entre grave y risueño y llevó á sus labios la mano del anciano, no se marchó inmediatamente. Ayudó á Mr. Lorry á incorporar al antiguo detenido, que continuaba gimiendo enfrente de la apagada chimenea, abrigó convenientemente al pobre doctor, le puso un sombrero y le inclinó á que saliese con ellos, diciéndole que iban á averiguar en dónde habian escondido su obra.

Luego, sosteniendo á Mr. Manette, se dirigió hácia el sitio en que velaba la afligida esposa, que tan feliz era en la época en que él le habia abierto su corazón. Permaneció algunos instantes en el pátio, miró las ventanas de la habitación ocupada por Lucia, y antes de alejarse la bendijo con un postrer adiós.

CAPITULO XIII.

Cincuenta y dos cabezas.

Los individuos que debian morir aquel dia aguardaban el momento fatal en el fondo de la Conserjería. Su número era igual al de las semanas que tiene el año: cincuenta y dos personas, arrebatadas por la corriente, iban á ser precipitadas al eterno é ilimitado oceano. Ninguno de aquellos individuos habia abandonado su calabozo, y ya se conocian los nombres de los que habian de ser sus sucesores; antes de que su sangre se uniese á la sangre

que se habia derramado el dia anterior, hallábase ya preparada la que habia de agregársele al dia siguiente.

¡Cincuenta y dos sentenciados á muerte! desde el apotador general, casi octogenario, cuya inmensa fortuna no podia rescatar su vida, hasta la infeliz obrera de veinte años, cuya pobreza y oscuridad no habian sido suficientes á proteger su existencia. Las enfermedades contagiosas que resultan de los vicios y de la incuria de los hombres, escogen sus muertos en todas las clases de la sociedad; el horrible delirio que engendra la miseria, la opresion y la maldad del corazón, hieren igualmente á ciegos y acaban con sus víctimas donde quiera que las encuentran.

Cárlos, completamente aislado en su calabozo, no habia abrigado desde el dia anterior la más ligera esperanza; á cada una de las palabras que habia ido leyendo el presidente, fué comprendiendo que ninguna clase de influencia podia librarle del cadalso; que se hallaba desde luego condenado por millones de votos, y que contra semejante suma no podia significar nada un corto número de unidades.

Sin embargo, como no podia apartar de su alma el recuerdo de la mujer adorada, érale difícil aceptar el fallo de sus jueces; habia poderosísimos vinculos que le ligaban á la vida; los acontecimientos verificados en aquellos dos últimos dias habian multiplicado considerablemente la fuerza de estos lazos, desde el momento en que obtuvo su libertad; y cuando toda la energia se hallaba consagrada á rehacer su pérdida dicha, venian á arrancarle bruscamente la existencia. Mil encontrados sentimientos agitaban su corazón y su espíritu, y esta horrible lucha alejaba de él la resignacion; porque tan pronto como lograba hallarla, su mujer y su hija protestaban contra su egoismo.

Tales fueron al principio las impresiones del conde-